

La recuperación de las soberanías*

Introducción

En 1885, durante la Conferencia de Berlín, Europa se reunió para repartirse África. «Nos dedicamos a trazar líneas sobre mapas de lugares que jamás pisó el pie del hombre blanco; nos adjudicamos unos a otros montañas, ríos y lagos solo entorpecidos por el pequeño inconveniente de que nunca supimos dónde estaban en realidad aquellas montañas, ríos y lagos».¹

Los europeos establecieron sistemas de administración y gobierno que, en la práctica, excluían a los autóctonos de la toma de decisiones, llegando —en el caso francés— a intentar suprimir las tradiciones y estructuras autóctonas mediante la «asimilación». En el caso británico, se reconocían —en teoría, aunque de forma vaga— algunas de las estructuras sociopolíticas tradicionales.

La diferencia no radicaba tanto en los distintos sistemas de gobierno colonial como en el tipo de colonización que se había llevado a cabo. La mayor parte de los territorios de la costa occidental se convirtieron en colonias de explotación, meras fuentes de materias primas. En cambio en los territorios del África oriental y austral, los inmigrantes europeos se asentaron en determinadas zonas implantando las llamadas colonias de población.

Esta diferencia también marcó hasta cierto punto el cómo y el cuándo de la restauración. Durante lo que pueden calificarse como periodos de ocupación y control, los habitantes autóctonos intentaron defender su autonomía y resistirse a la conquista de modos diversos.²

Las guerras europeas

Por otro lado, la Primera Guerra Mundial, el enfrentamiento de los distintos imperios por la supremacía y el poder, desbordó los límites del continente europeo. Para los africanos tuvo también graves consecuencias.

En primer lugar, la costa oriental de África se convirtió en uno de los escenarios del enfrentamiento y en él perdieron la vida alrededor de un millón de personas.³ En segundo, cientos de miles de africanos fueron reclutados, más o menos voluntariamente, para participar en una contienda en la que muchos fallecieron. En tercero, gran parte de la producción africana se destinó al «esfuerzo bélico», con consecuencias económicas que aún no han sido bien calibradas. En cuarto, la guerra afectó a una gran parte de los civiles quienes, por un lado, vieron sus hogares quemados y sus cosechas saqueadas por alguno de los bandos y, por otro, fueron obligados al porteo: se estima que alrededor de cien mil murieron durante la conflagración. En quinto, a resultas del desenlace y del subsiguiente Tratado de

* Estos Apuntes contienen extractos editados de «Evolución política del África oriental y austral», en J.M Alemany et al., *Desarrollo, maldesarrollo y cooperación al desarrollo. África Subsahariana*, SIP/DGA, Zaragoza, págs. 275-292.

¹ Declaraciones del entonces Secretario de Estado para las Colonias de la Corona (inglesa), Lord Salisbury, citado por Severine Rugumamu, *Post-Colonial War Peace*, pág. 10.

² El tema es tan amplio y complejo que excede el espacio de estas líneas. Para ampliar datos, v. A. Adu Boahen (ed.), *General History of Africa. VII Africa under Colonial Domination 180-1935*.

³ Hilke Fischer, «Africa and World War I».

Versalles, varias colonias «cambiaron de manos». ⁴ Entre ellas, la actual Namibia y el actual Camerún. ⁵

Las secuelas emocionales de la Primera Guerra Mundial en África tuvieron efectos más prolongados y contribuyeron, entre otros, a fomentar el nacionalismo. Adicionalmente, el conocido como «periodo entreguerras» comportó situaciones diferentes para las distintas colonias dependiendo de a qué metrópoli estaban sujetas.

A todas les afectó la Gran Depresión de 1929, aunque de forma diversa dependiendo de los recursos que producían; del mismo modo también les afectaron las ideologías en expansión.

Al periodo entre 1935 y 1945 se le ha llamado «el periodo dorado de la colonización» y se ha contemplado como el culmen de la época colonial, pero estas descripciones transmiten una falsa impresión de la situación real y dicha «época dorada» terminó durante la crisis económica de la década de 1930. Lo que se acerca más a la realidad es que los años 1935 a 1945 constituyeron la «década dorada» del extremismo de la derecha en Europa. Estos fueron los años del triunfo y el subsiguiente colapso de las ambiciones fascistas. Las colonias de cuatro de los imperios coloniales europeos se vieron profundamente afectadas en su misma esencia por aquellas tendencias fascistas y lo fueron de maneras muy complejas. ⁶

La Segunda Guerra Mundial —que de manera similar a la anterior los africanos padecieron a causa de los reclutamientos forzosos, el «esfuerzo bélico» o la pérdida de vidas humanas, incluso en lugares tan lejanos como Burma— fue un catalizador del creciente nacionalismo africano difícil de contener. Dada la quiebra económica en la que las dos Guerras Mundiales y la Gran Depresión habían sumido a las metrópolis imperiales, resultaba difícil seguir manteniendo las administraciones coloniales.

La recuperación de la soberanía

Sin embargo, ni todas las colonias pudieron «emanciparse» a la vez, ni todas lo hicieron del mismo modo: la mayor parte de las colonias de explotación vieron reconocida su independencia durante la década de 1960, en tanto que las colonias de población tardarían más en convertirse en estados soberanos.

En el caso de las primeras, en general, la independencia se negoció, pues resultaba más barato concederle la independencia a la colonia en cuestión que seguir manteniendo las estructuras administrativas, y los funcionarios que dicha gestión requería: al fin y al cabo, el control de los recursos seguiría en manos de la metrópoli.

En cambio, la situación de las colonias de población era algo más compleja. También allí se reclamaba la independencia, pero el concepto que los colonos y los autóctonos tenían de dicha independencia era bien distinta. Si los últimos buscaban

⁴ Rathbone, Richard «World War I and Africa: Introduction», pág.1.

⁵ Por las derivaciones que el acontecimiento tuvo para la ciudad de Zaragoza, v. Sergio del Molino, *Soldados en el jardín de la paz: huellas de la presencia alemana en Zaragoza (1916-1956)*, Las Tres Sorores (Prames), Zaragoza, 2009.

⁶ Diop et. al., «Tropical and equatorial Africa under French, Portuguese and Spanish domination, 1935-45», pág. 58.

el restablecimiento de sistemas de organización social y política que les devolviera la participación en la toma de decisiones del país, los colonos tenían otros anhelos.⁷

Estaban convencidos de la legitimidad de su causa «civilizadora», daban por sentado que solo el hombre blanco era capaz de establecer un sistema de gobierno eficaz. En consecuencia, cualquier paso hacia la independencia significaba una mayor autonomía, bien entendido que solo para los colonos de ascendencia europea. La historia de Sudáfrica es el ejemplo más extremo de esa actitud, que también se plasmó en la Declaración Unilateral de Independencia de Rhodesia en 1965.⁸

Precisamente por todo lo anterior, a las colonias de población les costó más tiempo lograr que la independencia les fuera reconocida y, en muchos de los casos, solo la lograron por la fuerza de las armas. Resulta esclarecedor comparar los mapas de la propiedad colonial, los de las fechas de las independencias y los de la forma en las que las colonias alcanzaron su independencia.

Otro mapa comparativo interesante es el que relaciona el tipo de colonia con el sistema de gobierno establecido tras la independencia. De ese cotejo se suele colegir que la mayor parte de las colonias de explotación, que negoció su independencia, estableció como sistema de gobierno el presidencialista, en tanto que las colonias de población optaba (en muchos casos por exigencia de los colonos e imposición de la metrópolis) por el sistema parlamentario.

Con el paso de los años, los países que habían alcanzado la independencia de forma negociada, se vieron envueltos en convulsos golpes de estado, pues sus ejércitos habían sido creados de la nada y sus oficiales, entrenados en las metrópolis, volvían convencidos de que nadie mejor que ellos sabía qué era bueno para el país.

Aquellos países en los que hubo una lucha armada por la independencia, los ejércitos, y sus oficiales, mantenían una relación bastante menos arrogante con la población que había apoyado a los «ejércitos de liberación» durante la lucha por la independencia, y los cambios fueron pacíficos. Lo que ha pasado después, es otra historia.

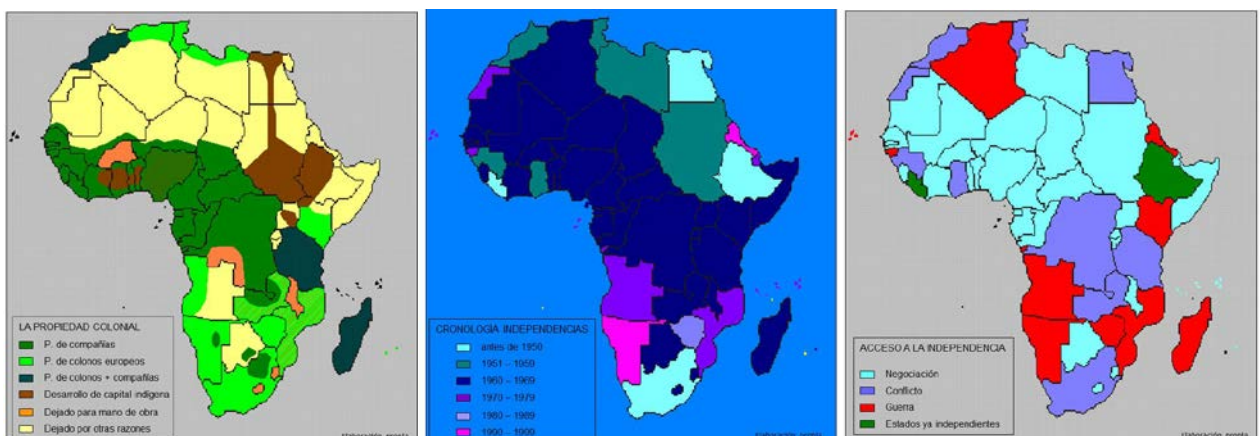


Figura 1. Mapas comparativos de África

⁷ V. Davidson, «Pluralism in Colonial African Societies», en *The Search for Africa*.

⁸ Rhodesia: Unilateral Declaration of Independence Documents, 1965, *Internet Modern History Sourcebook*. Fordham University. <<https://sourcebooks.fordham.edu/mod/1965Rhodesia-UDI.asp>>

La Guerra Fría

Como dice un adagio swahili: «Cuando dos elefantes se pelean, la que padece es la hierba». Durante más de cuatro décadas, entre 1945 y 1990, África fue el campo en el que pugnaban dos elefantes, Estados Unidos (EEUU) y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), o tres, si se tiene en cuenta a China. Los lances entre ellos tuvieron formas diversas. Unos fueron manifiestos, como en Angola y Mozambique; otros soterrados, como en Sudáfrica. Pero todos contribuyeron a un notable incremento del gasto militar en los estados africanos.

Desde mitad de la década de 1960 hasta 1980, la partida dedicada a defensa se doblaba cada cinco años.⁹ Tanto Occidente como la URSS aprovecharon esta tendencia y compitieron por el suministro militar. Como decía el expresidente de Tanzania, Julius Nyerere: «la venta de armas es algo que un país lleva a cabo cuando desea apoyar o fortalecer al régimen o grupo al que le proporciona esas armas. Cualesquiera que sean las restricciones impuestas a dicha transacción, toda venta de armas es una declaración de apoyo, una especie de alianza tácita».

Las alianzas que nos ocupan se forjaron desde finales de la Segunda Guerra Mundial. La URSS percibió la importancia que África tenía como zona estratégica y como fuente de recursos naturales, un hecho que Occidente tampoco olvidaba. La rivalidad por mantener o expandir las respectivas áreas de influencia engendró situaciones paradójicas en los países africanos.

La más dolorosa se produjo en Sudáfrica, donde Occidente prestó un apoyo incondicional al régimen segregacionista. Y es que Sudáfrica tenía un importante valor estratégico, como lo demuestra la siguiente cita de 1960:

Hoy la Unión Sudafricana se presenta como la única entidad estatal al sur del Sahara en posesión de una notable organización industrial y militar, firmemente decidida a mantener una actitud de intransigencia en el doble frente de la lucha contra el comunismo y la defensa de las posiciones de la supremacía de la raza blanca en África. En realidad, con sus tres millones aproximadamente de europeos, este país constituye el único punto básico de la supremacía de la raza blanca en África y ofrece el único valioso nervio de defensa de Occidente en aquella inmensa zona geográfica.¹⁰

En este sentido, cabe mencionar que los países vecinos, con la excepción de Malawi y Botswana, establecieron gobiernos de ideología marxista tras recuperar la independencia. Así pues, y siguiendo la línea de pensamiento expuesta en la cita, el cerco se iba estrechando alrededor de Sudáfrica y el «peligro comunista» resultaba una seria amenaza para los intereses tanto del propio país como de sus garantes occidentales.

Ciertamente en los ámbitos políticos y de cara a la galería, EEUU y sus aliados criticaban el sistema del *apartheid*, pero económicamente la actitud era muy distinta. Gracias a su apoyo y pese a las sanciones, o tal vez como consecuencia de las mismas, el país más meridional del continente logró construir un importante complejo industrial-militar que incluía armas nucleares. Además, aprovechó las infraestructuras coloniales para mantener e incrementar la dependencia económica de sus vecinos.

⁹ Adenji, «General Overview of African...», pág. 166.

¹⁰ Filesí, *Comunismo y nacionalismo en África*, pág. 369.

Sudáfrica llegó incluso a practicar un programa de desestabilización regional: sus fuerzas invadieron Angola —a través de Namibia que desde el final de la Primera Guerra Mundial estaba bajo su mandato por encargo de la Organización de las Naciones Unidas— y apoyo a la UNITA (União Nacional para a Independência Total de Angola) durante la dilatada guerra que tras la independencia la enfrentó al gobierno elegido en las urnas del MPLA (Movimento Popular de Libertação de Angola) que, a su vez, recibía el apoyo de Cuba.

En Mozambique, el gobierno de Sudáfrica apoyó a la Renamo (Resistência Nacional Moçambicana) que el gobierno del segregacionista Ian Smith en Rhodesia había creado con una doble finalidad: por un lado, desestabilizar el gobierno de la Frelimo (Frente de Libertação de Moçambique), elegido en las urnas y liderado por Samora Machel; por otro, evitar que las guerrillas de la ZANU (Zimbabwe African National Union) encontraran cobijo en el país vecino.

Sudáfrica también fomentó, durante el conflicto por la independencia (1968-1980) y después de que Zimbabwe la consiguiese, las tensiones entre ZANU y ZAPU (Zimbabwe African People's Union), y no tuvo reparos en llevar a cabo actos de terrorismo en Mozambique, Zambia y Botswana. Era su forma de defenderse contra la corriente propugnada por el ANC (African National Congress), que se había instalado en los países del entorno. Para ellos, involucrados el conflicto de manera más o menos tangible, no era sino la expresión de su lucha contra el colonialismo.

Precisamente la unión de todos ellos frente al gobierno segregacionista de Sudáfrica engendró la Southern African Development Coordination Conference (SADCC), que más tarde se convertiría en la Southern African Development Community (SADC),¹¹ una de las organizaciones de integración transnacional más potentes del continente.

El socialismo africano

Ideológicamente, la lucha contra el colonialismo, como lucha contra el imperialismo capitalista, forma parte de la doctrina marxista-leninista. Sin embargo, los movimientos nacionalistas o independentistas se veían en muchos casos como un gesto de la pequeña burguesía africana para alcanzar el poder, aunque en la práctica recibieran apoyo en aras de la cruzada contra el imperialismo capitalista.¹² Tal vez porque se esperaba que la pequeña burguesía africana llevase a la práctica lo que Amílcar Cabral definió como su «suicidio».

Para los africanos, el comunismo significaba cambio, el final de la época colonial. Lógicamente si el colonialismo, y por tanto el imperialismo capitalista, había traído la dependencia económica y en muchos casos el hambre o la degradación, la solución estaba en el comunismo. En 1964, el que después sería el primer presidente de la Sudáfrica post-*apartheid*, Nelson Mandela, declaraba: «Muchos africanos tienden a equiparar la libertad con el comunismo».

Pero el comunismo tuvo, en los países del África oriental y austral, una interpretación especial y unas características particulares. Una de ellas es la extraña combinación de apoyos que les brindaron tanto Occidente como la URSS, cual si de

¹¹ Southern African Development Community: Towards a Common Future. < Southern African Development Coordination Conference >

¹² Mbeki, *Profiles of Political Conflicts in Southern Africa*.

una subasta se tratase. En este contexto, los estados africanos hacían auténticas piruetas equilibradas en sus relaciones internacionales, aunque visto de otro modo se trataba de un mero ejercicio de pragmatismo o *Realpolitik*.

De esta suerte, Kenya practicaba un socialismo retórico y verbal, mientras su economía y su política seguían un curso diferente, de manera que aceptó la instalación de una base aérea estadounidense en su territorio. Tanzania ponía en práctica la *ujamaa*, la vanguardista propuesta de su entonces presidente Julius Nyerere, y las instituciones del acuerdo de Breton Woods (el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional) animaban a los estados occidentales a concederle la ayuda financiera necesaria.¹³ Zambia era miembro de la Commonwealth, pero le compraba sus armas a la URSS. Algo parecido le ocurría a Zimbabwe que criticaba abiertamente el régimen de Pretoria mientras Sudáfrica seguía siendo su mayor socio comercial.

En teoría eran países «no alineados», o al menos lo intentaban. En la práctica la situación resultaba, cuando menos, curiosa. De ello da idea el escritor italiano Alberto Moravia, que visitó Harare poco antes de que allí se celebrase la Conferencia del Movimiento no Alineado en 1986:

*¿Qué es el estilo no alineado? No es un estilo, es una situación existencial resuelta con desenvoltura: la de un hotel de tipo capitalista en un país marxista-leninista. [...] Lógicamente, pues, Harare es una ciudad de estilo no alineado. O sea la capital de un estado socialista pensada y construida completamente según modelos capitalistas.*¹⁴

El estado de partido único

Otra característica de algunos estados africanos en aquella época era la idea, hoy tan criticada, del estado de partido único. Este concepto reflejaba el intento de volver a un pasado mejor, a la época precolonial:

*Como muchos otros nacionalistas africanos [...] intentaron trazar un paralelismo entre el «antiguo consenso» tradicional, de la época precolonial y el partido único de hoy que a todos reúne. En esto, sin duda, hay un grado de idealización —o una creencia necesaria y salvadora, digamos, en la posibilidad de que el bien triunfe sobre el mal— que resulta inseparable de todas las doctrinas políticas que exhortan a la acción. Las sociedades muy pequeñas o de tamaño medio podían alcanzar ciertamente un consenso comunal en los viejos tiempos, pero, en cuanto aparecían grandes estructuras, el consenso aparente tendía más bien a «institucionalizar la dominación de una elite o de una etnia».*¹⁵

El experimento se llevó a cabo en casi toda África oriental y austral, a excepción de Botswana (y de los reinos de Lesotho y eSwatini).

Zimbabwe se constituyó en 1980 como estado multipartidista, por exigencias del acuerdo de Lancaster —con el que se había puesto fin el conflicto por la independencia—, pero *de facto* era un estado de partido único. Durante los primeros años de su existencia se discutió hasta la saciedad la instauración de un

¹³ Georgeson, Hans y Michael Holman. «World Bank laments its Tanzania role». *Financial Times*, 27 de julio de 1994.

¹⁴ Moravia, *Paseos por África*.

¹⁵ Davidson, *op.cit.* pág. 168.

partido único y la posibilidad de que se reformase en ese sentido la constitución tras los diez años prescritos por el acuerdo, durante los que no se podía enmendar la carta magna.

Según el partido en el poder, ZANU, y los defensores de dicho sistema, las ventajas para un país en reconstrucción eran obvias y economizaba las energías que quedaban disueltas en los choques entre diferentes partidos.

En esta línea se afirmaba que el estado de partido único fomentaría la unidad nacional, pues los esfuerzos populares se concentrarían en la construcción de la nación y no se desperdiciarían en el enfrentamiento político. Dado que la población estaba de acuerdo en que el estado había de dedicarse a impulsar el desarrollo, la política de partidos era innecesaria. Además, cualquier diferencia que surgiera podría discutirse libremente dentro del propio partido, puesto que se practicaría la democracia y se respetarían los derechos humanos.¹⁶

Entre los defensores del partido único se contaban también aquellos que argüían que en el África precolonial no habían existido los partidos políticos y que, por lo tanto, el multipartidismo no tenía tradición en África.

Curiosamente la idea del estado de partido único era defendida tanto por los nacionalistas marxistas como por los tradicionalistas. Y así, en busca de aquellos lazos con un pasado más dichoso, se establecieron regímenes de partido único en la práctica totalidad de la región, desde los más innovadores como Tanzania, Mozambique o Angola hasta los más conservadores como Malawi o las islas Comores.

En pos de aquel pasado más venturoso, los carismáticos líderes de los nuevos estados como Julius Nyerere, Kenneth Kaunda, Samora Machel, Eduardo dos Santos, Robert Mugabe, Sam Nujoma o incluso Hastings Kamuzu Banda olvidaron al parecer que el curso de la historia era irreversible, que era imposible borrar la época colonial como si de un paréntesis se hubiera tratado.

¹⁶ Anyang'Nyong'o, «The One-Party State and its Apologists: The Democratic Alternative», pág. 3.

Bibliografía

- Adenji, Olu. «General Overview of African Contemporary Political, Military and Economic Affairs and Their Relationship to Peace, Security, Disarmament and Confidence Building among African States». *Disarmament* XIII, nº 3 (1990).
- Adu Boahen, A. (ed.). *General History of Africa. VII Africa under Colonial Domination 180-1935. Abridged Edition*. Paris / London / Berkeley: UNESCO / James Currey / University of California Press, 1990.
- Anyang'Nyong'o, P. «The One-Party State and its Apologists: The Democratic Alternative». P. Anyang'Nyong'o, *30 Years of Independence in Africa: The Lost Decades?*. Nairobi: African Association of Political Science / Academy Science Publishers, 1992.
- Davidson, Basil. *The Search for Africa. A History in the Making*. London: James Curry, 1994. 141-171.
- Diop, M.; D. Birmingham, I. Hrbek, A. Margarido y D.T. Niane (colls.). «Tropical and equatorial Africa under French, Portuguese and Spanish domination, 1935-45». A.A. Mazrui and C. Wondji. *General History of Africa. VIII Africa since 1935*. Paris / Oxford / Berkeley: UNESCO / James Currey / University of California Press, 1999. 58-75.
- Files, Teobaldo. *Comunismo y nacionalismo en África*. Instituto de Estudios Africanos. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1960.
- Hilke Fischer. «Africa and World War I». DW (*Deutsche Welle*). 16.04.2014. <<https://www.dw.com/en/africa-and-world-war-i/a-17573462>>.
- Mbeki, Molets. *Profiles of Political Conflicts in Southern Africa*. Harare: Nehanda Publishers, 1987.
- Moravia, Alberto. *Paseos por África*. Madrid: Mondadori, 1998.
- Rathbone, Richard. «World War I and Africa: Introduction». *The Journal of African History*. Vol. 19, No. 1. World War I and Africa (1978).1-9.
- Rugumamu, Severine. *Post-Colonial War Peace and Security Prospects in Southern Africa*. Occasional Paper, War Peace Series. nº 5. Harare: SAPES Books. 1993.